

Cuento ganador en la modalidad de castellano del  
**XXV “Concurso de Cuentos Villa de Errenteria”**,  
organizado por Ereintza Elkarte con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria<sup>1</sup>

# RESURRECCIÓN

Oscar Alonso

---

**Y**a está. Todo ha acabado. Abro los ojos. Estoy sobre la cama, sobre mi cama. Reconozco el tacto suave de las sábanas, la orografía amistosa del colchón, los olores domésticos. La luz entra gris por la ventana que se abre en la pared de enfrente. Todo ha terminado, me digo. Después parpadeo varias veces para conjurar las redes del sueño, para romper sus tentadoras amarras. No quiero volver a dormir. Me esfuerzo por mantener los ojos abiertos dirigidos hacia el techo. Ha sido una horrible pesadilla donde se mezclaban asesinatos y muertes, putas, madres desesperadas, niñas violadas, ratas correteando por los pasillos de un hospital, locos sueltos, una prostituta con mal aliento que daba clases de piano y ese desagradable Papá Noel espiando... Siempre me sucede lo mismo tras una pesadilla. Es como una liberación en un planeta impávido, estático, detenido en una secuencia fotográfica. Ahora estoy despierto, escucho el silencio áspero que precede a los amaneceres, ese silencio delator donde cualquier ruido se magnifica como un rumor malévol. Despierto como un extranjero en la desolada cama de un hotel desconocido, como el inquilino de un campo de prisioneros, que una mañana descubre incrédulo la desaparición de los guardias, que las torres no amenazan el aire con su sombra letal de metralla, que la verja está abierta y por allí se cuela un perro famélico. Con ese estupor emerjo de mis pesadillas, considerando tal vez, la posibilidad de que la mente, siempre rencorosa, haya tramado una de sus trampas y me encauce como una rata de laboratorio por el laberinto de un nuevo decorado siniestro. Tardo varios minutos en asumir la vida real, esa otra vida que discurre según sus propias leyes, igual de disciplinadas e incomprensibles que las del sueño. Respiro tratando de que el corazón se serene también. Está amaneciendo lentamente. Todo tiene ese color mustio de los amaneceres de invierno, como si de repente habitara una vieja película en blanco y negro. La escena permanece detenida sin música de fondo. Últimamente estas pesadillas se repiten con demasiada frecuencia. Debo evitar las cenas copiosas... O quizás sea la tensión de los últimos días, la mudanza al nuevo piso, los preparativos del libro que lanzo el mes que viene, las reuniones con mi editor, o ese artículo sobre los grabados de Goya que debo entregar la semana que viene. Demasiados monstruos. Eso fue lo que me dije cuando acepté el encargo: *“Demasiadas aberraciones para alguien como yo.”* El sueño de la razón produce monstruos y todo eso. Los elementos parecen haberse conjurado para jugarme una mala pasada. Escucho la respiración acompasada de Marta que duerme a mi lado. Es un ritmo sosegado, latente, reparador. Es el bálsamo terapéutico que me protege de este planeta. Observo cómo oscila su pecho, al ritmo de las olas de un mar caribeño. Su tranquilo reposo es mi primer refugio tras la pesadilla. Es la imagen de mi seguridad.

Siempre pensé que había tres cosas de las que nunca me cansaría de mirar: el fuego, el cielo y el mar. Cuando conocí a Marta descubrí que su pecho respondía al mismo efecto narcótico de las anteriores. Es ese rostro amigo vislumbrado en el último momento entre una multitud hostil. No sé qué haría sin ella. Son las seis y media. Debo levantarme para mi última clase de invierno. Mañana comienzan las vacaciones en la universidad. La última clase es un rito anodino, sin contenido. La mayoría de los alumnos no asistirán porque saben que no se juegan nada. Pero yo debo acudir, es mi clase. Soy su profesor. Mi mujer parece notar mi inquietud y se remueve en la cama.

---

1. El jurado estuvo compuesto por Raúl Guerra Garrido, Ezequiel Seminario, Jon Obeso y Antón Obeso.



–¿Adónde vas? –pregunta con ese acento ebrio que articula la gente cuando emerge de un profundo sueño.

–Sigue durmiendo, Marta –respondo dándole un beso en el hombro–. Tengo clase.

Se da la vuelta hacia mí. Mantiene los ojos cerrados:

–Hoy es domingo. No hay clase los domingos.

“Vaya”, me digo. Todavía estoy desorientado. La última clase la di el viernes. Sí, ya me acuerdo. Contra lo que era de suponer, acudieron todos los chicos. Habían preparado un pequeño ágape y brindamos con cava por la navidad, por el nuevo año. Todos estaban contentos. Yo también. Tengo una clase estupenda. Me despedí de cada uno de ellos hasta el siete de enero. Les deseé mucha felicidad, un próspero año nuevo, y les recordé varias tareas que debían cumplir para el próximo trimestre.

No puedo quejarme. Tengo un trabajo que me gusta, una mujer adorable que me ama, me reconforta el sonido de la palabra Navidad, la estridente decoración de las calles en esta época del año, la pacífica urbanidad con que todo discurre como si el mundo se diera un respiro; me gusta ver en la tele la reposición anual de *Qué bello es vivir* y el sorteo de lotería, por lo de la salud, ya se sabe. El aire huele a castañas, a horno de leña en una ciudad de cristal y metal, donde siempre queda tiempo para hacer cola en esa exposición de belenes... Y tengo un perro, al que por cierto, debo sacar a su paseo matutino si no quiero que comience a dar vueltas por la casa como un poseso y despierte a todo el vecindario.

–¿Adónde vas ahora? –pregunta mi mujer–. Vuelve a la cama.

–Sólo serán veinte minutos, Marta –susurro–. De regreso compraré *croissants*.

Por la ventana entreabierta se cuelan los lametazos de un aire frío, sin estrenar, que invita a arrebujarse bajo las mantas buscando el calor familiar de Marta y su espalda para acoplarme como una pieza de mecano. Con frecuencia, todo mi aplomo se derrumba ante una mirada suya, una de esas miradas amuralladas de sabiduría femenina contra la que nada pueden hacer mis seminarios y mis libros y mi círculo de amigos escritores. Ella domina las razones del mundo como yo naufrago en las del sueño.

Sí, eso está muy bien, lo reconozco pero ahora queda el asunto de Lenny, su obligada salida matutina para olisquear con fruición las farolas de la cera y después marcarlas con su sello canino y tirar de mí en dirección a la siguiente farola, al árbol más cercano, a la papelería de la esquina, al semáforo, a la rueda de ese *Ford Mondeo* sobre la que ha dejado su impronta toda la semana. Los remedos de la pesadilla se han hundido en el mar del decorado doméstico y sólo quedan algunas imágenes débiles como los restos huérfanos de un naufragio.

Esta ciudad se despierta como un gato apaleado, sin alboroto pero sin dar tregua a los rezagados, recogiendo sombras en los callejones donde dormitan los últimos borrachos. Esta ciudad se despereza con ese maquillaje de urbe subterránea y desamparada que evacua cada mañana sus víctimas anónimas. Y salir de una pesadilla tiene ese poso esotérico de resurrección, de segunda oportunidad, como si el sueño hubiera tramado un engaño que en la vida nos hará más fuertes, como si nos pergeñara el papel de Lázaro, emergiendo de la fosa para redimirse.

Recuerdo que a veces, quizás para ilustrar alguna conferencia o por pura coquetería intelectual, que viene a ser lo mismo, he pensado en ese mismo Lázaro recuperado del Hades por su primo cuatro días después de fallecer, cuyo rostro fue imaginado en tonos macilentos por la paleta inmisericorde de van Dyck, Hans Memling o J. De Flandes; de piel casi transparente y miembros anoréxicos, que se asoma por segunda vez al mundo con el gesto alucinado, como saliendo de una pesadilla o adentrándose en ella. Y a menudo he pensado si Lázaro alguna vez agradeció a su primo aquel prodigio mayestático o si, por el contrario, nunca pudo perdonárselo.

Soy afortunado, me digo una vez más henchido de felicidad navideña, mientras busco los pantalones por la habitación en penumbra.

–Voy a sacar al perro –hablo en voz baja, casi es un susurro, temeroso de despertar a alguien. Sé que eso ya no es posible.

Marta suspira esta vez con un gesto de impaciencia indisimulada, aquilatada de oscuros presentimientos, con ese gesto de cansancio o de aburrimiento, como si la vida girara en torno a un amanecer frío que invita a arrebujarse bajo las mantas, que se repite con demasiada frecuencia:

–Esteban, por favor, –dice– no vuelvas con lo de siempre. No tenemos perro.

El tiempo se ha detenido.

–¿No? –la interrogación se quiebra como un cristal en mi boca.

–¿Por qué me haces esto, Esteban? –pregunta con voz entrecortada, a punto de echarse a llorar, y yo no sé qué responder; por qué hago cuál cosa, me digo.

–¡Eres un cruel hijo de puta! –estalla al fin, odiándome como cada mañana–. ¿Lo sabías? ¡Marta murió, murió, murió y por mucho que lo intentes no lograrás que las cosas vuelvan al pasado! Quizás debí ser yo la del coche y no mi hermana... Seguro que lo hubieras preferido ¿verdad?

Entre una pregunta y un encogimiento de hombros pueden ocurrir muchas cosas. No logro ver su cara. Todo se difumina esta mañana.

–¿Verdad? –repite.

La habitación se ha hecho pequeña. No sé si Lázaro llegó a perdonar el milagro a su primo. Tampoco importa demasiado a estas alturas, por eso, mientras escucho otra vez esa voz requiriéndome una respuesta, me siento en el borde de la cama con los pantalones todavía en la mano, abro el cajón de la mesilla y saco mis pastillas azules para la depresión. Y luego bajo la mirada avergonzado, confuso, como buscando en el horizonte de nuestro carcomido amor algo más que nunca encontraré; antes de decir que no con la cabeza. ■



## CURRICULUM VITAE

Oscar Alonso nace en Bilbao (1967). Es licenciado en Filología Hispánica, ha colaborado en distintos periódicos, y publicado en revistas como *Nuevas Tertulias*, *Diálogos* o *AuxMagazine*. Ha trabajado como peón, conductor, corrector de imprenta, comercial, celador de autopsias... Actualmente trabaja en un hospital y colabora como asesor editorial.

### Premios:

XIII Premio Tiflos de Cuento (2002).

Finalista del XXI Premio Gabriel Aresti de cuento (2003).

2º Premio del Concurso cuentos de agua de la fundación AGBAR (2004).

Finalista del III Concurso Ateneo de Sevilla de relatos breves (2004).

XVIII Premio de narrativa Lasarte-Oria (2004).

Finalista V Concurso de cuentos Ciudad de Marbella (2004).

X Premio de Cuentos Ateneo de La Laguna (2004).

Finalista del II Premio Setenil al menor libro de cuentos publicado en España en 2005.

Accésit en la modalidad de castellano en el XXI Concurso de Cuentos "Gabriel Aresti". Ayuntamiento de Bilbao, 2006.

### Publicaciones:

*Disculpen el percance* (2003, Premio Internacional Tiflos).

*El coleccionista de cabezas reducidas* (2003).

*Ejecutar a Schubert* (2005, X Premio Ateneo de la Laguna y Finalista del II Premio Setenil al mejor libro de cuentos publicado en España en el 2005).

